

Desafíos ante la iglesia hispana, I

Se me ha pedido que les hable sobre los desafíos que enfrenta la iglesia latina en el día de hoy. Esos desafíos son muchos. Ustedes los conocen mejor que yo, porque como líderes denominacionales y como pastores y pastoras los confrontan a diario—el desafío de cómo sostener congregaciones entre gente de escasos recursos económicos, el desafío de cómo desarrollar nuevos líderes pastorales cuando tan poco de nuestro pueblo tiene los recursos educativos necesarios, el desafío de cómo hacer que nuestra voz se escuche en los ámbitos denominacionales, el desafío de las nuevas modas religiosas, y mil desafíos más. Pero, repito, todo eso ustedes lo conocen de sobra.

Por otra parte, cuando se habla del desafío latino es costumbre recurrir a los números. Que si somos tantos millones. Que si somos la minoría más numerosa en todo el país. Que para el año 2050 seremos la cuarta parte de la población. Todo eso es importante. Pero eso también ustedes lo saben, pues tienen que saberlo y que usarlo como herramienta en sus luchas para hacer que la denominación les preste atención.

Ustedes conocen los datos del censo tan bien como yo, y conocen la disparidad entre una sociedad en la que una de cada nueve personas es hispana, y una denominación en la que una de cada cien personas es latina. Pero, por otro lado, aunque nuestro pueblo no sea sino poco más del uno por ciento de la feligresía presbiteriana, no hay que olvidar que con todo y eso hay unas 300 congregaciones hispanas, con unos 40,000 miembros. Seremos pocos, pero no tan pocos que podamos escondernos tras nuestros escasos números para justificar la inacción. Hace años, mi esposa y yo andábamos por Sevilla, siguiendo la ruta de la inquisición con el pastor bautista de la ciudad, y le pregunté cuantos bautistas había en Sevilla. Su respuesta fue: «Hermano, somos unos 300. Pero el problema no es que somos 300. El problema es los 300 que somos.» Les

cuento esa conversación, porque aunque haya sobrada razón para quejarse y lamentarse de que en la Iglesia Presbiteriana no seamos más que 300 congregaciones, eso no nos excusa de ocuparnos y de regocijarnos con las 300 congregaciones que somos.

Algunos de los desafíos ante nosotros se refieren a la denominación y sus estructuras, y sobre eso trataremos también. Ante casi todos los desafíos que nos encaran nos sería de gran ayuda tener más y mejor apoyo denominacional. Y si su denominación es como la mía, no cabe duda de que hay sobradas razones para quejarse de falta de apoyo. Pero la verdad es que hay muy pocos desafíos a los cuales no podamos responder, al menos en parte, al nivel de congregaciones locales, o si no al nivel de consorcios de pastores, pastoras y líderes latinos. Y la verdad es también que muchas veces usamos la falta de apoyo denominacional como excusa para cubrir nuestras deficiencias, para hacer lo que nos da la gana o—peor todavía—para no hacer lo que no nos da la gana.

Recuerdo que hace unos veinte años, en la ciudad de Miami, alguien me dio copia de una carta que una congregación latina le había escrito al Presbiterio. Lo que la carta decía era más o menos «por cuanto en tal fecha le pedimos al Presbiterio que nos facilitara fondos para comprar un terreno, y el Presbiterio nos contestó que no tenía los recursos para ello; por cuanto en tal otra fecha pedimos un subsidio para el sueldo de nuestro pastor, y no nos fue concedido; por cuanto en tal otra fecha se nos pidió que contribuyésemos con tal cantidad de dinero al programa del Presbiterio contra el hambre; por tanto, hemos decidido dejar la denominación y unirnos a una iglesia más bíblica.»

Aunque esa carta al mismo tiempo que da lástima da risa, tenemos que confesar que muchas veces nosotros hacemos lo mismo, al menos en mi denominación. Y así, el menos en mi

denominación, no faltan comentarios tales como: «Mi iglesia no crece porque no tenemos apoyo denominacional.» «No podemos prestar servicios a nuestra comunidad, porque la denominación no nos manda dinero para hacerlo.» «Si tuviésemos los recursos, trabajaríamos con los inmigrantes que están llegando.» Y no cabe duda de que el apoyo denominacional es importante. Y no cabe duda de que muchas veces falta ese apoyo. Y no cabe duda de que si lo tuviésemos podríamos hacer mucho más. Pero aquí, en casa, entre nosotros, reconozcamos también que hay mucho que podemos hacer, tengamos apoyo o no; que la respuesta a los desafíos que nos confrontan no tiene que venir únicamente de la denominación, sino que hay una parte que nos toca a nosotros. Por eso, tenemos que hablar al mismo tiempo de lo que en cierto modo me parece ser el desafío más importante que nos confronta, que es la necesidad de evangelizar y de convertir a nuestras denominaciones, y de los desafíos a que se enfrentan nuestras congregaciones locales.

Lo que quisiera hacer aquí no es hacer una lista de desafíos y oportunidades, sino más bien ayudarnos a reflexionar sobre esos desafíos en términos a la vez más generales y más concretos. O, lo que es lo mismo, en términos teológicos; porque la buena teología es la que concibe y vive la universalidad de Dios en las particularidades de la historia. Por eso, lo que quisiera invitarles a hacer en estos días no es otra cosa que eso mismo: hacer teología. Pero hacerla a nuestra manera, dentro de nuestros términos, y con pertinencia para los desafíos a que nos enfrentamos.

Luego, el tema que les invito a considerar—a considerar desde nuestro punto de vista, pero también a considerar teológicamente—es lo que me parece ser el principal desafío que nos

confronta, un desafío tan importante que en cierto modo todos los demás se relacionan con él. Ese desafío es entender realística y teológicamente qué es eso de la cultura, y cuál es la relación de la iglesia con la cultura, porque sólo así podremos entendernos a nosotros mismos y nuestra misión.

Lo primero que hay que decir al respecto es que una cultura es en esencia el modo en que un grupo humano cualquiera responde a los retos y oportunidades de su ambiente. Esos retos incluyen la alimentación, el vestido, el abrigo, las relaciones sociales, etc. Así, por ejemplo, los esquimales han desarrollado una cultura que les permite responder a los desafíos del mundo en que viven, resolviendo las necesidades de alimentación, vestido, abrigo, etc. de un modo muy distinto a como lo hacen las aborígenes australianos, o como lo hicieron nuestros antepasados indoamericanos.

En ese sentido, la cultura es parte del plan o propósito de Dios en la creación del ser humano. En este punto concuerdan las dos versiones de la creación en los primeros capítulos del Génesis. En la primera. Dios dice: «Hagamos al humano a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tenga potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y las bestias, sobre toda la tierra y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra» (Gn 1.26). En la segunda se nos cuenta que «Tomó, pues, Jehová al hombre y lo puso en el huerto de Edén para que lo labrara y cuidara» (Gn. 2.15). Tanto en un caso como en el otro, el relacionarse con la tierra, el hacer de ella algo nuevo, el desarrollar cultura, es parte del propósito para el cual el ser humano fue creado. Insisto, parte del propósito de Dios es que en el desarrollo de esa cultura el ser humano produzca algo nuevo, nuevas relaciones con el ambiente que le rodea. Y no es por casualidad que la historia de la humanidad, que comienza en un huerto donde el humano tiene comunión directa

con Dios, culmina en una ciudad, en la que de nuevo el humano tiene comunión directa con Dios. La ciudad era para los antiguos el símbolo mismo de la inventiva humana—tanto, que nuestro término «civilización» viene del Latín *civitas*, ciudad, y por tanto la civilización no es otra cosa que la «ciudadificación». En la Biblia, el proceso que va del Génesis al Apocalipsis, del huerto a la ciudad, del árbol de la vida que se prohíbe en el huerto al árbol de la vida que se promete en la ciudad, es parte de los propósitos de Dios para su creación. En resumen, la cultura, los mil métodos por los cuales los humanos se enfrentan a las promesas y los desafíos de su ambiente, ven un campo y lo tornan huerto, o un huerto y hacen de él base para ese orden social que es la *civitas*, la *polis*. La cultura, en fin, es don, llamado y promesa de Dios.

Pero cabe preguntarnos, si bien es cierto que la cultura, el enfrentarse a las oportunidades y desafíos del ambiente con creatividad, es parte del propósito de Dios, ¿qué decir de las culturas, así, en plural? Ciertamente, la diversidad de culturas se encuentra en la raíz misma de muchos de los más sangrientos conflictos de la historia y del presente. Ciertamente, en la iglesia misma, la diversidad de cultura produce malos entendidos, tensiones, prejuicios que todos conocemos.

Si volvemos a las narraciones del Génesis, vemos que allí también se discute este tema. Al principio del capítulo 11 se nos dice, «tenía entonces toda la tierra una sola lengua y unas mismas palabras»; es decir, no había sino una sola cultura. En el resto del capítulo vemos que esa cultura avanza según cambian las circunstancias. Las gentes «salieron de oriente» y «hallaron una llanura en la tierra de Sinar». La tierra de Sinar está en Mesopotamia, una llanura fluvial donde no hay piedras, sino lodo. Y la narración continúa: «Un día se dijeron unos a otros: ‘Vamos, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego’. Así el ladrillo les sirvió en lugar de piedra, y el asfalto en lugar de mezcla.»

Como sucede siempre en la condición humana, a estos nuevos desarrollos culturales les siguen sueños de grandeza y de poder: «Después dijeron: ‘Vamos, edifiquémonos una torre y una ciudad cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéramos esparcidos sobre la faz de la tierra.» Ese es el problema esencial de toda cultura y de toda empresa humanas: el poder que nos ha sido dado para usar de los recursos de la tierra nos hace soñar con un poder que llegue al cielo. Los ladrillos que debían haberse usado para albergar a las gentes, se usan ahora para usurpar el lugar de Dios, para llegar al cielo.

El resto de la historia ustedes lo conocen desde la niñez: A Dios no le gusta lo que los humanos están haciendo, y dice: «descendamos y confundamos su lengua, para que ninguno entienda el habla del otro.» El resultado es la confusión de lenguas, de modo que el magno proyecto ya no puede construirse, y el pueblo que quiso hacerse de «un nombre» y edificar una ciudad para no ser esparcido sobre la faz de la tierra recibe precisamente lo que quiso evitar: «Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad.»

Tradicionalmente se ha entendido esta historia en el sentido de que Dios castiga la soberbia humana, y el resultado de ese castigo es la multiplicidad de lenguas, de modo que los diversos pueblos tienen dificultad para entenderse unos a otros. Y no cabe duda de que ésa es una cara de la moneda.

Pero hay otra cara de la moneda. La confusión de lenguas es también una acción liberadora por parte de Dios. Los humanos se han hecho esclavos de su soberbia. En lugar de usar su poder de crear cultura para el bien de la tierra y de la humanidad, lo quieren emplear para alcanzar al cielo, es decir, para usurpar el poder de Dios. Al confundir sus lenguas, Dios destruye sus sueños de grandeza, la gran ciudad queda abandonada, y la soberbia cae por tierra.

En cierto modo, todavía hoy la diversidad de culturas tiene la misma función. Es por eso que las culturas dominantes tienen tantas dificultades para aceptar el valor de otras culturas. Las culturas dominantes tienen también sueños de alcanzar al cielo, de volverse el poder que lo controle todo, de sojuzgar la tierra y construir una gran torre que llegue al cielo, de olvidarse que existen sólo por la gracia de Dios. En tal situación, las otras culturas que vienen a confrontar la cultura dominante, tanto desde fuera como dentro de su propio seno, bien pueden verse como dones de Dios, no sólo para quienes participan de esas culturas, sino también para la cultura dominante, que queda entonces liberada, aun a pesar suyo, de sus ambiciones de construir torres que lleguen al cielo, de su miopía estética e intelectual, de sus sueños imperialistas.

Babel no es sólo castigo, sino que es también nueva creación; nueva creación que le recuerda a la criatura su dependencia inevitable del Creador. Babel no es sólo castigo, sino que es también liberación; liberación del poder avasallador de la soberbia.

Pasemos entonces al otro pasaje bíblico que tradicionalmente se ha relacionado con la historia de Babel: la historia de Pentecostés en Hechos 2. Desde tiempos patrísticos se ha vuelto tradición en la iglesia cristiana contrastar estos dos pasajes. Y hay buenas razones para ello. La historia de Babel se nos presenta en medio de una larga tabla de las naciones; la de Pentecostés incluye una antigua tabla de las naciones. En Babel, los humanos intentan ascender al cielo; en Pentecostés, Dios desciende en la Persona del Espíritu Santo. Babel fue el colmo de la soberbia humana, queriendo posesionarse del cielo; Pentecostés es el momento en que Dios se posesiona de los humanos. Y por lo general el propósito de todas estas comparaciones y contrastes es mostrar que en Babel desapareció la unidad y surgió la confusión de lenguas, mientras en Pentecostés desaparece la confusión y se restablece la comunicación entre personas de diferentes

lenguas.

Empero estudiemos con detenimiento el texto de Hechos, y veremos que, al tiempo que sí hay ciertos contrastes, esos contrastes no son absolutos. En Hechos 2:6 se nos dice que «se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua.» Lo que la RVR traduce aquí por «confusos» es la misma palabra que aparece en el texto de la Septuaginta en Génesis 11:7, donde Dios dice, «descendamos y confundamos allí su lengua.» Luego, si bien es cierto que el Pentecostés produce unidad, no se trata de una unidad sin confusión ni diferencias, como la que Génesis nos pinta antes de la torre de Babel.

Pentecostés no es sencillamente la cancelación de Babel. Según el Génesis, antes de Babel había solamente una lengua; después de Pentecostés, según Hechos, sigue habiendo una multiplicidad de lenguas. En Babel, Dios interviene para causar confusión; en Hechos, la intervención de Dios también causa confusión entre la multitud. Lo que es más, en ambas historias la narración se mueve desde la unidad hacia la diversidad. Al principio de la historia de Babel, la unidad de lengua les permite a aquellas gentes dedicarse a un proyecto común; al final de aquella historia, ya no se entienden, y el proyecto común queda abandonado. Al principio de la narración de Pentecostés, «estaban todos unánimes juntos», al parecer hablando una sola lengua; al final de la historia, esas mismas personas están hablando una multitud de lenguas, y parte del resultado ha sido perplejidad, confusión y hasta división entre los presentes, pues unos interpretan lo que ven de una manera, y otros de otra.

Hace un par de días señalábamos que lo que el Espíritu hace en Pentecostés no es capacitar a todos los presentes a entender la lengua de los discípulos, sino todo lo contrario: el Espíritu hace que todos escuchen, cada cual en su propia lengua. Señalábamos entonces algunas

de las implicaciones que esto tiene para la misión de la iglesia, que no es centrípeta, sino centrífuga. Y señalábamos también que, aunque el Espíritu les da a los discípulos el poder que Jesús les había prometido, ese poder era de una índole especial, pues lo que el Espíritu hizo fue capacitar a los discípulos para compartir su poder con otras gentes, con gentes de otras lenguas.

Ahora podemos añadir que, si la diversidad lingüística y cultural que Dios produce en Babel tiene, como acabo de señalar, una dimensión liberadora, esa dimensión no desaparece en Pentecostés. La confusión de lenguas en Babel libró a la humanidad de su gran proyecto de alcanzar el cielo haciendo una gran torre. Pero ese proyecto es siempre la tentación de toda cultura, y es también la tentación de la iglesia. Por ello, en Pentecostés, al tiempo que el Espíritu facilita la comunicación entre las lenguas y las culturas, ese mismo Espíritu mantiene y hasta santifica la diversidad de lenguas y de culturas. Esto no es por casualidad. Aun cuando en Pentecostés el Espíritu facilita la comunicación entre las culturas, ese mismo Espíritu mantiene la diversidad que garantiza que ninguna cultura, ni siquiera la de los apóstoles, y ninguna lengua, ni siquiera la de los apóstoles, tendrá hegemonía absoluta sobre las demás.

Lo que es más, esa diversidad es tal que perdura aun tras el triunfo final del Cordero. Al menos, así lo considera Juan de Patmos. No olvidemos que el visionario del Apocalipsis es posiblemente el más judío de todos los autores del Nuevo testamento—tanto, que mientras Pablo, los evangelistas, y en general todo el Nuevo Testamento citan la Biblia hebrea según el texto griego de la Septuaginta, Juan parece citarla en su propia traducción, y utiliza un lenguaje cargado de semitismos. Pero con todo y eso, al referirse a su visión del triunfo del Cordero, Juan dice: «Después de esto miré, y vi una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos, pueblos y lenguas.» Es decir que aquella diversidad creada en Babel, mediante la

cual Dios destruyó toda posible hegemonía lingüística y cultural, perdura aun tras la consumación de los últimos tiempos.

En resumen: Primer punto: la cultura es parte de la buena creación de Dios. Segundo punto: la diversidad de lenguas y de culturas es obra de Dios, no solamente en castigo por la soberbia, sino también como liberación y como protección contra la soberbia.

Estos dos puntos tienen consecuencias de suma importancia para la vida de la iglesia, y en particular para la vida de la iglesia hispana. La iglesia, como institución humana, tiene las mismas tendencias universalizantes e imperialistas de toda institución. Si lo que el Espíritu hizo en Pentecostés fue darles a los discípulos el poder necesario para compartir el poder, para trascender límites culturales, para emprender una misión centrífuga, lo que sucedió en unos pocos siglos fue que los descendientes de aquellos primeros discípulos habían creado una iglesia muy diferente. Habían creado una iglesia altamente jerárquica y cada vez más centralizada cuyo principal propósito misionero no era compartir el poder del Espíritu, sino traer a otros pueblos y naciones a sujetarse a las directrices del centro. En fin, habían creado una iglesia centrípeta. En la iglesia occidental, por ejemplo, por más de mil quinientos años se pretendió que el único idioma digno de la celebración litúrgica era el latín. Para ser buen cristiano había que conformarse al centro. Había que abandonar o al menos marginar la cultura y la lengua propias en favor de la cultura y la lengua hegemónicas del centro. Y hasta se llegó a pensar que el Espíritu que sopla de donde quiere, el Espíritu que en Pentecostés hizo que cada cual entendiese en su propia lengua, solamente se llegaba a los fieles a través de los canales jerárquicos del centro, en la lengua del centro, siguiendo los patrones del centro.

Lo mismo sucede—posiblemente en menor grado, pero sucede—en nuestras iglesias de

hoy. Hay un modo típicamente metodista de ser creyente—el modo que se forjó primero en Inglaterra en el siglo dieciocho, y luego en los Estados Unidos, mayormente entre gente de habla inglesa y algunos de habla alemana, en los siglos diecinueve y veinte. Hay un modo típicamente presbiteriano de ser creyente—y es por eso que en las Asambleas Generales, por lo menos en las que yo he estado, los grandes acontecimientos se celebran con gaitas o a veces con órganos, pero no con guitarras, maracas y congas. (Excepto cuando se quiere un poco de colorido folklórico.)

Dentro de tales iglesias, las minorías étnicas y culturales tenemos una misión que va mucho más allá de la mera tarea de buscar más latinos que quieran ser metodistas, o más hispanas que quieran ser presbiterianas. Nuestra tarea es la liberación de toda la iglesia a la usanza de la torre de Babel. La confusión que nuestra presencia crea, las dificultades que nuestras denominaciones tienen cuando no saben qué hacer con nosotros, son parte de la acción liberadora de Dios, para liberar a los de la cultura hegemónica de su soberbia cultural, como cuando Dios dijo, «descendamos y confundamos su lengua», para liberarles del proyecto esclavizante de construir su gran torre. Dios quiere liberar a la Iglesia Metodista, a la Iglesia Presbiteriana, a la Iglesia Luterana, de su miopía y su soberbia cultural, y para ello nos ha puesto aquí.

Nuestra tarea es ayudar a la iglesia toda a recibir y a emplear el poder del Espíritu Santo; pero a recibirlo y a emplearlo, no al modo de los imperios políticos, de las empresas industriales, o de las jerarquías eclesiásticas, para tener más poder, sino a emplearlo al modo de Pentecostés, para darles poder a quienes no lo tienen, para que cada cual entienda en su propia lengua, para que toda lengua y cultura y razas sean igualmente agentes en la misión de Dios.

Si ahora pasamos a aplicar estos dos puntos sobre el carácter de las culturas a nuestras

iglesias latinas, vemos que el punto neurálgico donde todo esto se vive con mayor fuerza en nuestras congregaciones es el modo en que en nuestras iglesias los conflictos normales entre generaciones se vuelven también conflictos interculturales.

Ustedes conocen el problema. En muchas de nuestras iglesias los líderes son inmigrantes de primera generación. Para muchos de ellos la iglesia ha sido el lugar donde, en un país extraño, han podido sentirse un poquito como en su casa. La iglesia ha sido el principal lugar, tras cruzar la frontera, donde han podido seguir hablando el idioma de sus antepasados sin que por ello se les considere inferiores o se les margine. La iglesia ha sido el lugar donde han podido ejercitar y desarrollar sus dones, muchas veces ignorados y hasta asfixiados o atrofiados por el resto de la sociedad. Muchos ya pertenecían a una iglesia semejante en su país de origen, y mientras sus conocimientos de allá eran de escaso valor acá, y sus estudios de allá eran difícilmente reconocidos acá, su servicio y su liderato dentro de la iglesia sí fue reconocido inmediatamente, y pudieron, por así decir, transferir sus créditos eclesiásticos aun cuando sus créditos académicos no fuesen transferibles. Otros llegaron a la iglesia poco después de llegar al país, y la iglesia vino a ser para ellos como un oasis espiritual y cultural en el desierto.

El problema es complejo y, aunque se relaciona más ampliamente con toda una gama de elementos de cada una de las culturas en juego, se manifiesta sobre todo en las cuestiones del lenguaje—si usar inglés o español, y cómo.

Ahora esas mismas personas ven surgir en la iglesia, frecuentemente entre sus propios hijos e hijas, una nueva generación que prefiere hablar en inglés, que disfruta de la música americana por encima de un corrido o un danzón, y que cuando ora desde lo profundo del corazón—o cuando es hora de maldecir y de usar malas palabras—lo hace en inglés, y no en

español.

Y, puesto que es principalmente en la iglesia que esas generaciones participan juntas, y se supone que todos participen por igual, el conflicto es inevitable, y frecuentemente se vuelve amargo.

Las soluciones y posturas que diversas congregaciones han adoptado, ustedes las conocen tan bien como yo.

En algunas de nuestras iglesias, se nos dice sencillamente que, como el Evangelio es eterno, y las culturas son pasajeras, la cultura no importa. Lo que importa es adorar a Dios «en Espíritu y en verdad». Empero, según acabamos de ver, la cultura sí importa. Parte del propósito de nuestra creación es crear cultura, sojuzgar la tierra, responder a sus retos—para usar los símbolos bíblicos que usé antes, de algún modo ir del huerto a la ciudad.

Pero hay más. Por lo general, quien dice que la cultura no importa es quien está tan sumergido en su propia cultura que no ve ni reconoce el impacto de esa cultura sobre su fe y sobre la vida de su iglesia—como el pez no nota el agua en que vive, y nosotros mismos no sentimos el aire en que vivimos sino cuando se mueve o cuando nos falta.

Esto lo conocemos de sobra al nivel denominacional. Hay en este país iglesias que son étnicas, y lo saben. Así, por ejemplo, la Iglesia Luterana sabe cuán profundo es el impacto que en ella tienen sus raíces alemanas y escandinavas. La Reformed Church in America sabe que es esencialmente una iglesia de origen étnico holandés. Pero mi propia Iglesia Metodista, así como la Iglesia Presbiteriana, se imaginan que no son iglesias étnicas, y por tanto a veces se les hace tan difícil ver hasta qué punto están sumergidas en la cultura dominante como al pez se le hace difícil ver el mar en que nada.

Pero lo mismo sucede en algunas de nuestras iglesias hispanas—al menos, en mi propia denominación. En esas iglesias, se dice también, como a veces en la denominación en general, que en fin de cuentas las cuestiones culturales no importan, que lo que hay que hacer es servir a Dios «en Espíritu y en verdad». Pero lo que en realidad sucede es que quienes mandan en la iglesia les imponen sus perspectivas culturales a los demás, y con la excusa de que en fin de cuentas la cultura no importa marginan a quienes no participan de las mismas perspectivas y experiencias culturales.

Ustedes conocen el caso. En algunas iglesias, los defensores de la cultura ancestral han impuesto su voluntad. Se cantan los mismos himnos de siempre, se hace todo en español, a los jóvenes se les exige que hablen en español. Quizá con un poco de exageración, pero no mucha, podemos decir que la iglesia se vuelve centro de preservación cultural, donde para encajar hay que adaptarse a las tradiciones culturales del grupo dominante dentro de la congregación.

Los problemas con ese modelo de iglesia hispana son muchos, y mucho podría decirse sobre cada uno de ellos. Pero por lo pronto, relacionémoslos con los dos puntos que hasta ahora hemos recalcado acerca de las culturas: Primero, que son parte del propósito de Dios para la criatura humana; y segundo, que la diversidad de lenguas y de culturas es obra de Dios, no solamente en castigo por la soberbia, sino también como liberación y como protección contra la soberbia.

Sobre el primero, no hay que decir mucho. La cultura es parte de la realidad en que vivimos, y por tanto es parte obligada del contexto dentro del cual hemos de servir a Dios. Podemos, sí, aprender de otras culturas; pero siempre lo hacemos desde el punto de vista de nuestra cultura. Podemos, sí, enriquecer nuestra cultura con el aporte de otras; pero siempre

tendremos una cultura. Pretender que eso no es importante, que las culturas no importan, es querer tapar el sol con un dedo.

Pero eso no es lo peor de todo. Lo peor es que al seguir ese modelo de iglesia acabamos haciendo lo que antes hizo con nosotros la cultura dominante. Si la cultura dominante nos ha marginado, y nos ha permitido participar de la vida social y denominacional solamente en cuanto nos hemos ajustado a ella, ahora en este tipo de iglesias hispanas les estamos diciendo a nuestros jóvenes, y a los mayores de segunda y tercera generación, que si el español que hablan no es como el nuestro, si a veces tienen que expresarse en inglés, si la música que les gusta no es la nuestra, en realidad no encajan en nuestra congregación. Si nos quejamos porque la iglesia mayoritaria confunde el Evangelio con la cultura dominante, debemos cuidar de que en nuestras iglesias no se confunda la misión de la iglesia con la preservación o hasta con la imposición cultural.

Cuando eso sucede, la diversidad de culturas pierde su potencial liberador. Dentro de la congregación local, las posturas y perspectivas de personas de otros subgrupos, o de otras generaciones en las que las culturas interactúan de modo diferente, no tienen ya la función de liberar al grupo dominante de su soberbia, de su esclavitud a sus propias perspectivas.

Y lo mismo sucede al nivel denominacional. Cuando la iglesia hispana, y las otras iglesias minoritarias, sencillamente son toleradas, o cuando sencillamente se les apoya para que hagan su trabajo, pero sin que nos molesten mucho a nosotros los del centro, o cuando se les ve como elemento folklórico y pintoresco que le da colorido a la iglesia y la hace más interesante, pero que no la reta, la diversidad de culturas ha perdido su poder liberador.

Lo que esto quiere decir es que uno de los grandes desafíos de la iglesia hispana es evangelizar y convertir a la iglesia mayoritaria, sea cual sea nuestra denominación. Cuando se le mira desde el centro, la historia de las misiones cristianas es la historia de la expansión de la iglesia. Pero cuando se le mira desde la periferia, la historia de las misiones cristianas es la historia de las repetidas conversiones de la iglesia. La iglesia del centro se imagina que lo que está sucediendo es que ella está llevándole el Evangelio a la periferia. Pero la realidad es que en ese mismo proceso la periferia está liberando al centro de la iglesia de sus ataduras a la soberbia cultural.

Esto se ve claramente en aquel episodio que marca el paso del cristianismo como secta judía al cristianismo para todas las naciones, la llamada «conversión de Cornelio», en Hechos 10. Se trata allí de dos visiones y un encuentro: de las visiones de Pedro y de Cornelio, y del encuentro entre ambos.

Empecemos comparando las dos visiones.

Primero la visión de Cornelio en Caesarea. Cornelio no es judío. Es uno de aquellos a quienes los judíos llamaban «temerosos de Dios», personas que rondaban al judaísmo aceptando muchas de sus enseñanzas, pero sin tomar el paso decisivo de circuncidarse y unirse a Israel. Cornelio es un oficial del ejército romano, del mismo ejército que crucificó a Jesús.

En contraste, la otra visión es la de Pedro, uno de los doce, un judío fiel que ha seguido a Jesús por años. En su evangelio, Lucas lo presenta repetidamente como el portavoz para de los discípulos.

Hechos nos cuenta que cada uno de estos dos tuvo una visión. Cuando de visiones se trata, sería de esperarse que Pedro llevaría la delantera. Después de todo, había tomado la delantera in

confesar a Jesús como el Cristo, había tomado la delantera en Pentecostés, había tomado la delantera in curar al hombre lisiado en la puerta del templo, y había tomado la delantera en difundir la palabra de Jesús en todo Judea.

Pero eso no es lo que ocurre. La visión le viene a Cornelio casi veinticuatro horas antes de que a Pedro. Y antes de que Pedro tenga su visión, los mensajeros a quienes Cornelio ha enviado ya están camino a la casa donde Pedro se está quedando.

Además, el texto dice muy explícitamente que la visión de Cornelio fue clara: «vio claramente en una visión». Y el ángel lo dijo exactamente qué hacer, incluyendo la dirección precisa donde Pedro estaba: «Envía hombres a Jope, y haz venir a Simón el que tiene por sobrenombre Pedro. Este posa en casa de cierto Simón, curtidor, que tiene su casa junto al mar» (¡Lo único que no le dio fue el código postal!)

En contraste, la visión de Pedro ocurre cuando está hambriento y cae en un trance. ¡Casi parece que es un problema digestivo! Y la visión no está totalmente clara. Se nos dice que vio «algo semejante a un gran lienzo», y luego sigue un diálogo en el que Pedro tercamente se resiste a hacer lo que la voz le manda.

¿Por qué será que la visión de Cornelio es tanto más clara que la de Pedro? Quizás tengamos una pista en la ciudad donde la visión de Pedro tiene lugar. Esa ciudad es Jope, bien conocida en la literatura bíblica por los hechos de otro mensajero enviado por Dios a un pueblo extranjero. Fue en Jope que Jonás se embarcó en dirección contraria a donde Dios quería que fuese, a la ciudad pagana de Nínive.

Y ahora, otra vez en Jope, este otro mensajero, cuyo verdadero nombre es Simón, hijo de Jonás, recibe un llamado semejante. Dios no le manda a la lejana Nínive; pero Cesarea es ya

bastante lejos para cualquier Judío digno y religioso.

Cesarea no era muy bien mirada por los judíos tradicionales, porque había sido construida por Herodes el grande siguiendo un diseño romano, y había sido nombrada en honor de Augusto César. Además, como en cualquier ciudad helenista, algunos de los edificios principales eran templos a los dioses.

Cesarea es símbolo del poder romano y de la suciedad pagana metida en Tierra Santa. Podemos suponer lo que Pedro hubiera dicho si Dios le hubiera mandado a ir a Cesarea y allí bautizar a un grupo de paganos romanos. Quizá sea por eso que la visión de Pedro no es tan clara como la de Cornelio.

Ustedes conocen la historia, y no tengo que repetirla. Pedro obedece al Espíritu, y va a Cesarea con los enviados de Cornelio. Pero parece que va de mala gana, pues lo primero que hace al entrar en casa de Cornelio es decirles: «Vosotros sabéis cuán abominable es para un varón judío juntarse o acercarse a un extranjero; pero a mí me ha mostrado Dios que a ningún hombre llame común o inmundo»—en otras palabras, que si de por mí fuera, es precisamente eso lo que les llamaría.

Hacia el fin de la historia, Pedro por fin se convence de que el Espíritu se ha derramado sobre estos paganos reunidos en casa de Cornelio, y les manda bautizar.

Luego, la llamada conversión de Cornelio es también la conversión de Pedro. Cornelio de pagano se convierte en cristiano. Pedro se convierte de seguidor de un camino estrecho, para su gente y para otros como él, en apóstol de un evangelio que es para todas las naciones.

Pero la cosa no se queda ahí. Los hermanos de Jerusalén, los del centro, se molestan al enterarse de lo que Pedro ha hecho, y le piden cuentas. Cuando Pedro les dice lo que ha sucedido,

la iglesia de Jerusalén por fin descubre y se convence de que el Evangelio no es solamente para ellos, sino para toda la humanidad. De no haber sido por la conversión de Pedro, la iglesia cristiana no hubiera pasado de ser una secta más dentro del judaísmo, y ninguno de nosotros, ni presbiterianos ni metodistas, ni anglos ni latinos, estaríamos aquí.

¿Qué es lo que ha sucedido en esta historia? Lo que ha sucedido es que Pedro se ha topado con la acción de Dios fuera de su propia cultura y de su propio grupo, y esto le ha librado de la soberbia racial y cultural. Lo que ha sucedido es que la visión borrosa de Pedro se ha aclarado gracias a su encuentro con Cornelio, que la miopía de la iglesia de Jerusalén se ha corregido gracias al reto de la nueva iglesia en Cesarea.

Hace algún tiempo, el oculista me dijo que padecía de una enfermedad muy común según la edad avanza, y que por ser enfermedad de la vejez se llama «presbiopia». En su centro, todas las iglesias, la metodista tanto como la presbiteriana, tienden a padecer de presbiopia. Y uno de los grandes desafíos de la iglesia hispana, de esta iglesia marginada, de esta iglesia que no forma parte de la tradición central de nuestras denominaciones, es precisamente señalar, retar y ayudar a sanar la presbiopia de nuestras denominaciones.

La Biblia dice, «quien tenga oídos para oír, oiga» y a esto añadimos, «quien tenga ojos para ver, vea.»